

## Capítulo 9

# Ética y política: el largo desencuentro

---

Javier BROWN CÉSAR

Señor, las grandes ciudades están perdidas y disueltas.  
En la más grande se vive como quien huye de un incendio.  
No hay en ella consuelo capaz de consolar  
Y el tiempo demasiado corto cierra el paso.  
Allí viven seres humanos, con gestos angustiados,  
Vidas malas y difíciles en cuartos profundos...  
Allí crecen niños en sótanos con ventanas  
Siempre hundidas en las mismas sombras  
y donde no saben que afuera los llaman las flores  
a un día lleno de espacio, de júbilo y de viento.

Rainer María Rilke, *El libro de horas*\*

SUMARIO: I. Construcción del yo y competencia perfecta.  
II. Construcción del yo y preferencias electorales. III. Biblio-  
grafía.

---

\* Agradezco a Lucila Mondragón, que de manera generosa y desinteresada puso en mis manos los textos de Rilke.

Quizás a algunos les resulte extraña la idea de que la política representa la culminación de la vida ética,<sup>1</sup> su experiencia les dice que ni siquiera la política democrática está exenta de abusos, perversiones y estupideces. Hay quienes perciben con claridad una relación tensa entre ética y política,<sup>2</sup> al grado de considerar que existe un dilema ineludible entre la constitución de un yo autónomo y libre y la pertenencia a cualquier forma de comunidad. Para los “liberales irónicos”, lo público y lo privado se hayan desgajados de tal manera que no hay posible conciliación entre ambos, incluso se da una constatación fatalista cuando “nos contentamos con tratar las exigencias de creación de sí mismo y de solidaridad humana como igualmente válidas, aunque definitivamente inconmensurables” (Rorty, 1996:

---

<sup>1</sup> “El Estado es la realidad de la Idea ética; es el Espíritu ético en cuenta voluntad manifiesta, clara para sí misma, sustancial, que se piensa y se sabe, y que cumple lo que sabe y cómo lo sabe”. Hegel, *Filosofía del derecho*, Tercera parte.

<sup>2</sup> Relación de tensión a la que la filosofía aristotélico-tomista le había dado respuesta distinguiendo entre dos órdenes de prioridad. En *Los principios de la realidad natural*, Santo Tomás estableció cómo la anterioridad puede entenderse de dos maneras: “... se dice que algo es primero que otro, ora en el orden de la producción y del tiempo, ora en el orden de la substancia y de lo que la completa. Como la acción de la naturaleza procede de lo imperfecto a lo perfecto, de lo incompleto a lo completo, lo imperfecto es primero que lo perfecto en el orden de la producción y del tiempo; pero lo perfecto es anterior a lo imperfecto en el orden de la substancia...”. Así, la ética debe anteceder a la política en el orden pedagógico y del tiempo, pero la política antecede a la ética en el orden de la perfección y de lo que complementa a la sustancia ética. Así, la política es el ámbito donde se da la máxima realización del ideal ético de vida buena (que no de buena vida). Con esta distinción teníamos además la respuesta a la cuestión de las relaciones entre el individuo y la comunidad respecto a qué es anterior o primero: el individuo es anterior a la ciudad en el orden de la producción y del tiempo, porque antes de la ciudad están los individuos que la conforman; pero la ciudad es anterior al individuo en el orden de la substancia y de lo que la completa (ya que es imperfecto y es perfeccionado por la comunidad política, mientras que en la soledad es incompleto y necesita completarse en la convivencia al interior de la ciudad), por ello el individuo se ordenaba a la ciudad, y la casa y la aldea también se hallan a ésta ordenadas; aunque tanto el individuo, como la casa y la aldea sean anteriores a la ciudad en el orden de la producción y del tiempo, sólo la comunidad autárquica (la polis griega) era autosuficiente y perfecta y por lo mismo anterior en el orden de la substancia y de lo que la completa.

17). En el centro de esta concepción liberal, que permite fundamentar la idea de que la ética pública es diferente de la ética personal,<sup>3</sup> se ubica un teorema en apariencia incuestionable: la contingencia del yo, que lleva a una “tensión entre un esfuerzo por alcanzar la creación de sí mismo por medio del reconocimiento de la contingencia, y un esfuerzo por alcanzar la universalidad, yendo más allá de la contingencia” (Rorty, 1996: 45).

Inclusive en estos momentos en que el mundo islámico ha manifestado un rechazo abierto a la occidentalización (“McDonaldisación”) del mundo, parecería que el paradigma del final de la historia se impone con claridad (Fukuyama, 2001), llevando ineludiblemente al triunfo de la economía de mercado, como mecanismo de asignación eficiente de recursos escasos, y a la vigencia universal del Estado democrático de derecho, como la forma de organización social que garantiza el mayor sistema de libertades humanas posibles; el resultado visible: el final de las ideologías (*cf.* Lipset, 1981: 420 y ss.). Podemos sentarnos acriticamente a esperar este anunciado final o cuestionar abiertamente la desvinculación entre ética y política desde otro plano: ¿es acaso posible el desarrollo de un guión del yo auténtico en sistemas políticos donde prevalece el ideal de democracia liberal con sistemas económicos en los que se ha garantizado la libre competencia?

## I. CONSTRUCCIÓN DEL YO Y COMPETENCIA PERFECTA

Se considera que el mercado, definido como ámbito de interacción en el que oferentes y demandantes llegan a un acuerdo sobre el precio justo de bienes y servicios escasos, es el mecanismo económico ideal que permite: imparcialidad en la elección, competencia entre empresas e industrias, asignación eficiente de recursos y organización eficaz de la producción. Pero el mecanismo de mercado puro se basa en supuestos injustos:<sup>4</sup> la

---

<sup>3</sup> *Cfr.*, por ejemplo, Lewis, 1991, y la reseña de Héctor Martínez Reyes en *Gestión y política pública*, núm. 1, 1994, pp. 229-232.

<sup>4</sup> Supongamos la siguiente situación súper-simplificada: A, B y C son personas que necesitan el bien x, el cual está disponible en el mercado. El bien x es ofrecido por Z, quien vende su producto o servicio en, digamos \$3000. Tanto A, como B y C disponen de esa cantidad de dinero. Hasta aquí se daría un supuesto mecanismo de subasta al estilo de Walras, pero si el bien x es escaso, de tal manera

eficiencia en la asignación es ajena a la justicia en la distribución;<sup>5</sup> el dinero

---

que sólo puede satisfacer las necesidades de dos de los tres demandantes, entonces A, B y C, deben pujar para obtener el bien requerido. Cuando dejamos de lado este mecanismo ideal y consideramos el contexto, o la situación particular de A, B y C, debemos considerar con cuidado los costos de oportunidad que representa, para cada demandante, la adquisición del bien x. Si el costo de oportunidad que implica dejar de adquirir otros bienes o servicios es menor en el caso de A que en el de B y menor en el de B que en el de C, entonces es más factible que en la subasta, A y quizá B con algunos sacrificios, logren adquirir el bien x, lo que deja a C fuera de la economía de consumo, por lo menos en este mercado en particular. Si Z puede producir el bien x en, digamos un mes, y estima que podrá ser nuevamente demandado por A, B y C, y si Z no puede abatir los costos de producción o hacerse más productivo vía explotación de sus trabajadores, entonces tendrá que aumentar el precio de su producto. En esta nueva situación, si C ahorró un mes para comprar el bien x, quizá lo pueda adquirir, pero si A y B vuelven a solicitar este bien, entonces C, debido al alto precio de x, quizá no lo podrá adquirir. El resultado visible: C quedará nuevamente excluido del mercado en el que se ofrece el bien x, tan necesario para él. Esto es injusto, y aun si C pudiera finalmente adquirir el bien x, el sacrificio realizado implicaría que quedaría en peor situación que B y que A.

<sup>5</sup> La tensión entre asignación eficiente y distribución justa es el centro del debate norteamericano entre los neo-conservadores, del Partido Republicano) y los (neo)liberales, del Partido Demócrata. Los neo-conservadores defienden el paradigma de la intervención mínima del Estado, mientras que los (neo)liberales promueven un Estado, que si bien se asienta en un sistema de libertades amplias, también se preocupa por el problema de la distribución justa de los recursos. “Después de 1932 (New Deal), por ‘liberal’ o ‘liberalismo’ suele entenderse en los Estados Unidos las corrientes políticas que reconocen la igualdad intrínseca de los individuos en dignidad, libertades y derechos (civiles y políticos), pero que, ante el hecho de la desigualdad social de oportunidades y condiciones —la existencia de privilegios, monopolios, distinciones—, que impide el ejercicio efectivo de las libertades a grandes números de la población, sostiene también la necesidad de reformas económicas, sociales y políticas a través de una mayor actividad distributiva y asistencial del gobierno mediante reglamentos, fiscalización y gasto público. Sinónimo de reformismo social e intervencionismo estatal, el liberalismo norteamericano fue criticado por el (neo)conservadurismo... que le imputó el estancamiento económico, el déficit público, el dispendio y desvío de fondos públicos, la ineficiencia de los programas sociales... y reivindicó conforme a su tradición los valores del individualismo racional, el gobierno limitado y el libre mercado. Por

no tiene memoria, no “recuerda” a su último dueño.<sup>6</sup> Además, el desarrollo de las organizaciones empresariales y de la economía de la firma, requiere un sistema jerárquico que se basa en la explotación de los trabajadores.

Fue Marx el primero en denunciar con claridad un hecho que sigue siendo innegable: la explotación del hombre por el hombre, vía trabajo alienado<sup>7</sup> y extracción de plusvalía,<sup>8</sup> basta volver los ojos a las maquiladoras de la Frontera Norte para encontrar evidencia contundente a favor de la tesis del trabajo alienado. Aun con el desarrollo de la ciencia y la técnica, concebidas como ideologías (*cf.* Habermas, 1996: 87 y 88), no se tiene garantía alguna de que el trabajo, para muchos, dejará de ser una actividad alienada y alienante. Las organizaciones altamente productivas requieren de *think tanks*, de grupos de élite supuestamente expertos y evidentemente ávidos de dinero, ubicados en la cúspide de la jerarquía y sostenidos en la base por trabajadores a los que se les exige ser cada día más productivos, pagándoles salarios miserables. Si bien existen actividades humanas altamente satisfactorias, como el trabajo intelectual, nada garantiza que en ocasiones se tenga que realizar un trabajo sin sentido, absurdo, rutinario, tedioso y en ocasiones bajo la supervisión y dirección de personas prepotentes por incompetentes (o incompetentes por prepotentes).

Pero el *quid* quizá no es la explotación misma, sino el mecanismo que permite la reproducción incesante de la economía: la acumulación originaria e incesante de capital. La expansión del capitalismo no ha solucionado problemas milenarios como el hambre mundial o la ausencia de condiciones mínimas de bienestar en muchas partes del globo terráqueo: al parecer, Malthus tenía razón (*cf.* Malthus, 1985: 188). Sin embargo, podemos considerar que otro factor crítico que nos enfrenta a la escasez de recursos, al calentamiento atmosférico y a la inviabilidad de la especie humana, no es precisamente el crecimiento exponencial de la población,

---

extensión, y no sin exageración, suele decirse que el partido demócrata es liberal y el partido republicano conservador” (Aguilar, 2000: 20).

<sup>6</sup> “El sistema económico está caracterizado por buenas posibilidades de cálculo y por una mala memoria... El dinero no recuerda por qué fue pagado” (Luhmann, 1998: 221).

<sup>7</sup> *Cfr. Manuscritos económico-filosóficos (1844). Primer manuscrito: el trabajo enajenado.*

<sup>8</sup> *Cfr. Salario, precio y ganancia*, 8.

sino la acumulación incesante de riqueza en pocas manos a costa del empobrecimiento de las mayorías. Se da un patrón que podemos encontrar, tanto en el libre mercado, como en la política democrática: la opresión de las mayorías por parte de determinadas minorías.

El mercado ideal, supuestamente estaría libre de monopolios, y por ende, sería perfectamente competitivo, pero la economía progresa precisamente gracias a un modelo de acumulación, que se basa en la monopolización de recursos: existe incluso la tendencia hacia grandes fusiones empresariales que crearán mega empresas transnacionales. En el fondo, quizá lo importante no sea la competencia libre, ya quienes defienden al libre mercado suponen un sujeto ideal: un elector racional (*cf.* De Remes, 2001: 42 y ss.), poseedor de recursos que es capaz de cambiar por otros recursos y que se guía por consideraciones de utilidad vinculadas a un esquema medios-fines. La racionalidad perfecta requerida para el mercado aniquila lo que es más característico del ser humano: su limitación y finitud. El mercado competitivo no es el cielo en la tierra, sino un mal menor, que en apariencia hay que preferir a otros mecanismos de distribución de recursos.

La vinculación entre mercado, como mecanismo universal, y necesidades e intereses, como ámbitos individuales, no es precisamente armoniosa (*cf.* Brown, 2001), ni siquiera cuando se propone al derecho como mediación entre facticidad y validez (*cf.* Habermas, 1998: 63 y ss.), ya que el derecho tampoco está exento de perversión.<sup>9</sup> Por otro lado, la alianza entre medios masivos y empresas se basa también en el modelo de acumulación: quienes tienen mayores recursos son capaces de entrar a los medios masivos para desde ahí promocionar sus productos; quienes pueden anunciar sus productos en la radio, la televisión, el cine o la prensa, basan su capacidad de persuasión en recursos acumulados y explotados: capital, diseñadores gráficos, expertos en encuestas de opinión, expertos en mercadotecnia, psicólogos y sociólogos, economistas; aunque bien pagados, todos estos profesionistas están al servicio de una causa común: vender al consumidor productos que usualmente no re-

---

<sup>9</sup> “Como medio de organización de un poder político que está referido a los imperativos funcionales de un sistema económico diferenciado y atendido a su propia lógica, el cual acaba determinando la estructura del orden social, el derecho moderno resulta ser, precisamente por esa razón, un medio profundamente equívoco de integración de la sociedad. Muy a menudo el derecho presta al poder ilegítimo una apariencia de legitimidad” (Habermas, 1998: 102 y 103).

quiere. A pesar de que en las generaciones jóvenes, que se forman en las universidades existe un potencial crítico y un espíritu utópico e idealista innegables, la incorporación de estos sectores a las grandes empresas, con salarios bien remunerados, permite subordinar a estos antiguos revolucionarios al mecanismo de explotación, esterilizando su mente, o más bien, poniéndola al servicio de la simulación, la manipulación y el engaño.

También las empresas se alían con la ciencia y la técnica para superar, de manera constante, el sistema de las necesidades humanas, imponiendo estructuralmente necesidades superfluas. Lo que cada persona necesita para desarrollarse, lo que le permite realizarse y autogobernarse, quizá se encuentre a la mano vía mecanismo de mercado, pero ¿cómo garantizar que lo que se consume hará más plena a la persona? Por todas partes vemos productos inútiles, que pretenden hacer más bellas y esbeltas a las personas, a la vez que se da un manejo de la cultura de la apariencia y un culto al yo superfluo, que dejan de lado lo más íntimo de cada quien. Cuidamos la apariencia mediante dietas y ejercicios, pero no nos preocupa mayormente lo que leemos, lo que pensamos, lo que sentimos y por ende, juzgamos y somos juzgados por nuestra sombra, por nuestro yo externo. Privilegiamos así, el tener sobre el ser. Caemos al vacío de la avidez, el afán de novedades y las habladurías<sup>10</sup> y nos dejamos interpretar por un mercado al que le interesa más nuestro dinero que nuestro bienestar.

La metáfora de la cosificación<sup>11</sup> explica la pérdida de personalidad, la caída del ser humano por debajo de la humanidad y la animalidad, hasta llegar al estado de objeto. Un ejemplo común: en el mercado laboral, los

---

<sup>10</sup> Como afirma Martín Heidegger en *Ser y tiempo*, 35-38.

<sup>11</sup> *Cfr.* Lukács, György, *Historia y consciencia de clase*. La cosificación y la consciencia del proletariado, 5. Habermas (1999: 453) caracteriza así el concepto de cosificación lukacsiano: “La forma de objetividad dominante en la sociedad capitalista prejuzga las relaciones con el mundo, la manera como los sujetos dotados de lenguaje y de acción se refieren a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo propio de cada uno”. Este prejuicio se puede llamar “cosificación, esto es... una peculiar asimilación de las relaciones sociales y de las vivencias personales a cosas, es decir, a objetos que podemos percibir y manipular... La causa de esta deformación la ve Lukács en una forma de producción que descansa sobre el trabajo asalariado” (*idem*).

seres humanos son vistos como recursos, no como personas en proceso de desarrollo.

En un mundo esencialmente dominado por la razón instrumental y por las categorías económicas, lo más común es que los hombres y las mujeres que pueblan las organizaciones sean considerados ante todo como recursos, esto es, como cantidades materiales cuyo rendimiento debe ser igualmente satisfactorio que el de la herramienta, la maquinaria y las materias primas (Chanlat, 1994: 323).

La pregunta inherente al problema de la razón alienada y cosificada es si es posible rescatar a la razón humana, frágil, limitada y llena de pasiones, de las garras del frío cálculo instrumental medios-fines, propio del mercado.

Otra metáfora: la tesis de la colonización (Habermas, 1999: 497 y ss.) del mundo de vida (*Lebenswelt*) expresa gráficamente la forma como imperativos del sistema económico (y del político) se imponen a las personas. La producción y reproducción de la vida humana se ata al proceso de producción y reproducción del capital, dejando que el desarrollo de la persona sea una empresa heroica, individual y muchas veces amenazada. La primera realidad del yo, diría Fichte, es la forma como está limitado, la manera como la realidad se le opone.<sup>12</sup> La incompatibilidad no se da, como pretende Rorty, entre construcción del yo y solidaridad, sino entre construcción del yo y mecanismo de mercado: cada persona se autogobierna no en función de elecciones racionalmente asumidas, sino ante todo a partir de necesidades, motivaciones e intereses frecuentemente irracionales en apariencia,<sup>13</sup> que en muchas ocasiones chocan con los imperativos de la economía y del libre mercado. El desarrollo del yo exige ser altamente selectivos para tomar del mercado aquello que sí es importante y que permita construir una vida humana centrada en el cuidado de sí mismo (la *cura sui*, véase Foucault, 1987: 44 y ss.) y de los otros (el “procurar” de Heidegger en *Ser y tiempo*). La contingencia del yo no es el centro del debate, sino la fragilidad de cada vida humana,

---

<sup>12</sup> “En cuanto al yo se opone un no-yo, se pone necesariamente límites, y a sí mismo en estos límites. Él divide la totalidad del yo, que es puesto en yo y no-yo; y bajo este aspecto se pone necesariamente como finito”. *Doctrina de la ciencia*, II, 4,2.

<sup>13</sup> Esta irracionalidad en nuestras elecciones fue puesta en evidencia y elevada al plano analítico por Sigmund Freud.



que nace a un mundo donde los poderes impersonales del mercado y los imperativos del poder amenazan constantemente la construcción de un proyecto ético: mercado y democracia no son, por definición, intrínsecamente éticos.

## II. CONSTRUCCIÓN DEL YO Y PREFERENCIAS ELECTORALES

Los sistemas políticos democráticos fundamentan su eficacia en la afirmación de que quien gobierna fue electo libremente por electores racionales. Como en el caso de las empresas, nada garantiza que quien sea el dirigente no haya llegado ya a su nivel de incompetencia, tampoco nada garantiza que en el equipo de gobierno (el gabinete) estén los mejores, ya que el ciudadano común no tiene forma de acceder a la elección de esta élite dirigente. Pero peor aún, la elección política es un acto de voluntad discontinuo, no exento de caprichos y manipulaciones,<sup>14</sup> como afirma Sartori: “La democracia es un sistema de ficción mayoritario producido y salvaguardado por un regimiento minoritario”. De la misma manera que el mercado posiciona productos superfluos, dañinos e inútiles, la política, vía medios masivos, también puede promover líderes corruptos, ineficientes e ineptos. Nada nos garantiza que nuestras elecciones libres nos harán mejores personas, porque podemos escoger el producto que daña nuestra salud o al político que nos oprime con sus acciones.

De la misma forma como se venden productos y se crean mitos, se ensalza al gran político, al líder que resolverá los problemas de la comunidad política. Quizá se nos engañó desde el principio y ningún proble-

---

<sup>14</sup> Supongamos la siguiente situación, muy simplificada: A, B y C son electores que apoyan al político Z, todos condicionan su apoyo a la realización de determinadas políticas públicas. Pero los recursos de que disponen A, B y C no son iguales. A cuenta con más capital político que B, y B con más capital político que C. Al final, el político Z gana la elección, pero como tuvo más apoyo de A que de B y C, es más factible que promueva las políticas que A le ha demandado implementar. Resultado, es probable que B y C no vean realizadas sus demandas, a pesar de que se las hicieron llegar a Z, y que por ende tengan que esperar a un nuevo candidato y a un nuevo periodo electoral: B y C quedan excluidos del mecanismo de conversión de demandas del sistema político.

ma humano tiene solución definitiva,<sup>15</sup> de tal manera que cuando elegimos, a veces escogemos al menos malo de los productos o al menos ineficiente de los políticos. Pero existen personas que han quedado en los márgenes de los sistemas político y económico, que han optado por no elegir a sus gobernantes, y que viven de los residuos y desperdicios generados por el sistema económico. ¿Qué podemos decirles a estas personas? ¿Acaso que el mercado y la política democrática solucionarán sus problemas? Pienso en la mujer que vi en la mañana, llamémosle Elsa: atada a su puesto de periódicos, nadando entre filas de automóviles para vender las últimas noticias, ganando un salario miserable y viviendo en el límite de la supervivencia. ¿No sería acaso absurdo decirle a esta mujer o a otras en peor situación, que hemos encontrado el remedio de sus males, cuando precisamente este supuesto remedio es el que les ha ofrecido un estilo de vida miserable en el que quizá nunca lleguen a sentirse realizadas?

Si hay que introducir correctivos, tanto en el mecanismo de mercado como en la arena política, entonces esto significa que ambos instrumentos, característicos del paradigma de desarrollo occidentalizante, son sumamente imperfectos. En el ámbito político, para corregir la incompetencia y la corrupción, se perfilan mecanismos similares a los del mercado: rendición de cuentas bajo un modelo de contabilidad pública y competencia por los cargos bajo un modelo meritocrático; en el plano económico, para corregir la injusticia en la distribución, se diseñan políticas sociales típicamente compensatorias. Hay que reconocer estas imperfecciones y seguir debatiendo largamente en la búsqueda de nuevas utopías realizables.

Desde los tiempos de Aristóteles, ética y política no se relacionan armoniosamente, y esto a pesar de que establezcamos otros mecanismos correctivos como: leyes antimonopolios, políticas redistributivas o servicio civil de carrera. Hay un desgarramiento evidente entre las necesidades de desarrollo individual de cada persona y los imperativos de reproducción del dinero (propio del sistema económico) y el poder (propio del sistema político). Esta tensión persiste con gran fuerza. Si expresamos la convicción de que el mercado sigue siendo el mejor mecanismo para el desarrollo de la economía y la democracia para el desarrollo de

---

<sup>15</sup> “... ¡Ay! ¿a quién podría / recurrir? Ni a los ángeles ni a los hombres / ni a los astutos animales que desde hace mucho advierten / que no nos sentimos ni muy a gusto ni muy seguros/en un mundo explicado...”, Rainer María Rilke, *Elegía primera*.

la comunidad política, es quizá porque no hemos encontrado todavía mejores alternativas. En este nuevo milenio, hemos rechazado el modelo económico del “socialismo real” y los regímenes opresores (totalitarios y fascistas), pero esto no significa que demos un sí abierto e incondicional a nuestra actual situación económica y política.

Basta voltear los ojos para ver el sufrimiento y la pobreza que también el mercado libre produce, basta escuchar las voces de quienes acusan a los gobiernos de parcialidad e incompetencia. Ante los trágicos acontecimientos mundiales que han tenido lugar desde la caída de las Torres Gemelas, hemos reaccionado afirmando la paz, la libertad, la democracia y el mercado, pero no nos hemos detenido a pensar que el supuesto defensor de la libertad y la libre elección, oculta y manipula información, reprime la disidencia y bombardea objetivos civiles. El argumento hobbesiano que fundamentó al Estado-Leviatán en la garantía del fin de la guerra del hombre contra el hombre, ha sido en apariencia refutado: no sólo la política es la continuación de la guerra por otros medios y el Estado es el mecanismo que permite esta guerra permanente, sino que el Estado norteamericano mismo ha demostrado ser incapaz de proteger la vida y las propiedades de sus ciudadanos. Quizá ha llegado el momento de parar el mundo y cuestionar, desde dentro, los supuestos culturales que están en el fondo de algunos de nuestros males. Quizá debamos decir, abiertamente: basta de acumulación, de explotación y de engaños, sinceremos a los poderosos y comprometámoslos con el desarrollo auténtico de la vida humana. No más decisiones tomadas por los pocos silenciando a los muchos, no más empresas contaminantes, no más acumulación basada en la explotación, etcétera.

Podemos apelar a quienes defienden a ultranza el libre mercado y la democracia. Hasta ahora, la forma y los mecanismos de esta protesta han surgido de los vínculos solidarios y de la acción colectiva: los nuevos movimientos sociales, en su veta cultural, pueden mantener viva las aspiraciones por una sociedad mejor, en la que las personas sean concebidas como tales y no sólo como consumidores de cara al mercado y clientes de cara a la administración pública (Habermas, 1999: 554 y ss.). Es al parecer, en estos pequeños grupos, donde encontramos formas de convivencia no alienadas y distorsionadas por los imperativos del dinero y el poder. ¿Será acaso entonces que ante el Estado democrático y el mercado, debamos refugiarnos en estos pequeños y minoritarios grupos de inconformes? O en el caso extremo ¿deberán los individuos recluirse

en su yo interno para a partir de ahí gestionar formas alternativas y auténticas de vida?<sup>16</sup>

La acción social a favor de la justicia y la eficacia de los gobiernos son reivindicaciones que hay que oponer a los poderosos: si en el siglo pasado los movimientos obreros lograron mayores derechos laborales y los movimientos civiles permitieron la expansión del sufragio, entonces nuestro siglo deberá quizá conquistar el derecho a la gestión personal de un proyecto de vida que se pueda dar a pesar de los imperativos consumistas y a pesar de los oscuros designios de los políticos, a este nuevo recurso jurídico le podríamos denominar derecho a la autenticidad, derecho que no puede ser garantizado, ni por la democracia, ni por el libre mercado; espacio, júbilo y viento, tan gratuitos y libres por ahora, están en el horizonte de una vida plena... hasta que un día —que esperamos sea remoto— el mercado y la democracia los conquisten, haciéndolos sus rehenes, y entonces, tendremos que votar para tener más espacio y júbilo, y tendremos que comprar el viento. Pero cuando llegue ese día, quizá ya no tenga sentido llamarnos seres humanos.

### III. BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR VILLANUEVA, Luis F., 2000, “Estudio introductorio” a *La implementación de las políticas*, 3a. ed., México, Miguel Ángel Porrúa.
- BROWN CÉSAR, Javier, 2001, “Editorial: Reflexiones acerca de la justicia como principio del sistema educativo”, *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, núm. 3, 2001.
- CHANLAT, Jean-François, 1994, “Hacia una antropología de la organización”, *Gestión y política pública*, núm. 2, 1994.
- DE REMES, Alain, 2001, “Elección racional, cultura y estructura: tres enfoques para el análisis político”, *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, 2001.
- FOUCAULT, Michel, 1987, *Historia de la sexualidad: la inquietud de sí*, México, Siglo XXI.
- FUKUYAMA, Francis, 2001, “The West was Won: Radical Islam Can’t Beat Democracy and Capitalism. We’re Still at the End of the History”,

---

<sup>16</sup> Respecto a las múltiples aberraciones que aquejan al sujeto humano, *cf.* Lonergan, 1999: 243 y ss.

*The Guardian*, 11 de octubre de 2001, en <http://www.guardian.co.uk/Archive/Article/0,4273,4274753,00.html>.

- HABERMAS, Jürgen, 1996, *Ciencia y técnica como ideología*, México, REI.
- , 1998, *Facticidad y validez*, Valladolid, España, Trotta.
- , 1999, *Teoría de la Acción comunicativa*, Madrid, Taurus.
- LEWIS, Carol W., 1991, *The Ethics Challenge in the Public Service: a Problem Solving-guide*, San Francisco, Jossey Bass.
- LONERGAN, Bernard, 1999, *Insight: estudio sobre la comprensión humana*, Salamanca, España, Sígueme.
- LUHMANN, Niklas, 1998, *Sociología del riesgo*, México, Triana-Universidad Iberoamericana.
- LIPSET, Seymour Martin, 1981, *El hombre político: las bases sociales de la política*, Madrid, Tecnos.
- MALTHUS, Thomas Robert, 1985, *Primer ensayo sobre la población*, Barcelona, Alianza.
- RORTY, Richard, 1996, *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós.